

127  
3470

# LA LIRA.

COLECCION DE OBRAS LIRICO-DRAMÁTICAS.

---

## DOS MADRES Y UN SOLO AMOR.

---

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO.

*Rada*



MADRID:

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.

1864.

5



**DOS MADRES Y UN SOLO AMOR.**



Digitized by the Internet Archive  
in 2014

# DOS MADRES Y UN SOLO AMOR.

DRAMA EN TRES ACTOS Y EN VERSO,

ORIGINAL DE

D. JUAN DE DIOS DE LA RADA Y DELGADO.

Estrenada la noche del 5 de Enero de 1865 en el teatro de  
Variedades, bajo la direccion del Sr. D. Julian Romea.

---

MADRID.

IMPRESA DE JOSÉ RODRIGUEZ, CALVARIO, 18.  
1865.

## PERSONAJES.

## ACTORES.

LUISA.....	SRA. D. <sup>a</sup> JOSEFA PALMA.
EMILIA.....	SRTA. D. <sup>a</sup> CÁRMEN BERRO- BIANCO.
MAGDALENA, (Marquesa de.....)	SRTA. D. <sup>a</sup> FELIPA DIAZ.
CASIMIRA.....	D. <sup>a</sup> CÁRMEN CARABES.
EL COMENDADOR.....	D. FRANCISCO OLTRA.
ENRIQUE.....	D. RICARDO MORALES.
JUAN.....	D. CIPRIANO MARTINEZ.
NIÑA 1. <sup>a</sup> .....	N.
NIÑA 2. <sup>a</sup> .....	N.

Varias niñas de seis á nueve años.

---

### La accion en la época de Felipe V.

---

La propiedad de esta obra pertenece á la Galeria, titulada LA LIRA. Nadie podrá imprimirla ni representarla en España ni sus posesiones, ni en los países con que haya ó se celebren en adelante contratos internacionales sin permiso de los propietarios.

Los Comisionados de la misma Galeria lírico-dramática son los exclusivos encargados de la venta de ejemplares y del cobro de derechos de representacion en todos los puntos.

Las oficinas de la Direccion de LA LIRA se hallan establecidas en Madrid, calle dei Arenal, núm. 45, Entresuelo.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

## AL SR. D. JUAN EUGENIO HARTZENBUCH,

DIRECTOR DE LA BIBLIOTECA NACIONAL, DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA, COMENDADOR DE LA REAL Y DISTINGUIDA ÓRDEN DE CARLOS III, ETC.; ETC.

Mi respetado amigo: puesto que V. me lo permite, autorizo esta modesta produccion de mi humilde ingenio, con su respetable nombre. La primera persona á quien me atreví á léer este drama fué á V., y solo cuando mereció su ilustrada aprobacion, me decidí á darlo al teatro. La primera lágrima que arrancó el dulce sentimiento de la maternidad, que le sirve de base, la ví en sus mejillas... ¿Cómo no dedicarle mi pobre trabajo, cuando la privilegiada inteligencia que en V. brilla, y el hermoso corazon que le anima, acogieron los primeros á mis DOS MADRES?

Sírvase V. aceptar la sincera expresion de mi reconocimiento, comparable solo á la admiracion que sus talentos inspiran á su respetuoso amigo y s. s. s. q. b. s. m.

*Juan de Dios de la Rada Delgado.*

THE UNIVERSITY OF CHICAGO

PHILOSOPHY DEPARTMENT

1950-1951

PHILOSOPHY 101

LECTURE NOTES

BY

W. V. QUINE

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILLINOIS

1951

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILLINOIS

1951

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILLINOIS

1951

PHILOSOPHY DEPARTMENT

UNIVERSITY OF CHICAGO

CHICAGO, ILLINOIS

1951



---

## ACTO PRIMERO.

---

Sala amueblada con lujo al gusto de la época.—Puerta en el fondo y laterales: forillo galería, y al final jardín.

### ESCENA PRIMERA.

JUAN, poco despues CASIMIRA: el primero arreglando los muebles.

CASIM. ¿Todavía estais aqui?  
Jesus, qué hombre mas pesado:  
en arreglar cualquier cosa  
echa lo menos un año.

JUAN. Pero siempre, Casimira,  
has de estarme murmurando?  
Cómo quieres que sea listo?  
Asi que tengas mis años!...  
Ahora muy remilgadita  
y muy tiesa; y ya vas dando  
la vuelta á los treinta inviernos.

CASIM. Siempre me estais insultando.

JUAN. Yo no... pero si me atacas  
yo me defiendo... está claro...  
Si fuera un mozo de veinte,  
en vez de tan malos tratos  
habria suspiros, remilgos,  
no mirar, y estar mirando,

y en fin, todo el arsenal  
que siempre teneis á mano,  
para echar las hijas de Eva,  
á los Adanes, el gancho.

CASIM. Juan, teneis muchas sandeces.

JUAN. Es verdad, y muchos años.  
Pues mire la remilgada,  
yo he sido un mozo muy guapo.

Hacia yo un militar  
tan guapote y tan bizarro...

No me llameis orgulloso;  
pero si vierais al amo  
y qué hueco se ponía  
de tenerme por criado?

Si, señor, yo siempre he ido  
á mis señores honrando...

Pobre amo mio... Y bien jóven  
que murió, sola dejando  
á la señora mas buena,  
que este mundo habrá pisado.

Si al menos dejara hijos...

CASIM. Pero Juan, ¿qué estais hablando?  
pues y el ángel de esta casa,  
como todos la llamamos?  
Y doña Emilia?

JUAN. Es verdad...

Ya se me habia olvidado...

Qué quieres... Como esa niña ..

CASIM. Qué decis? qué estais hablando?

JUAN. Yo, nada... no he dicho nada...

Casimira, he dicho algo?

CASIM. Vamos, está usted ya lelo.

JUAN. Si, si, lelo... chocheando.

Por eso no he comprendido  
que Enrique está enamorado  
de la niña, que es un ángel,  
y él muy apuesto y gallardo:  
que el Comendador consiente,  
que ya ha pedido su mano,  
y que tendremos bodorrio,  
y tú quedarás mirando,  
porque, chica, para tí

ya los novios se acabaron.  
Ves como estoy lelo?

CASIM. Y tonto...

JUAN. Me parece que han entrado  
en la galería.

CASIM. Es verdad;  
(Doña Luisa aparece en la galería.)  
una señora,

LUISA. (Dios Santo! (Entrando.)  
Hasta qué punto, Dios mio,  
en mi desgracia he llegado.)

## ESCENA II.

DICHOS, LUISA.

CASIM. Pasad, señora.

LUISA. Decidme,  
la marquesa...

CASIM. Está en su cuarto.  
Quereis verla?

LUISA. Lo deseo.

CASIM. Voy á avisarla.

JUAN. Si, vamos.

(Vánse Juan y Carimira por la puerta lateral de la  
izquierda )

## ESCENA III.

LUISA.

Ay, desdichada de mí!  
viviendo de mi trabajo!  
yo que siempre vi tan bajo  
al mundo que no entendí.  
En mi orgullo me creí  
hermosa, noble y querida,  
pero mi ilusion perdida  
vino á mostrarme el error,  
en el valle del dolor  
ahandonando mi vida.

ESCENA IV.

DICHA, DOÑA MAGDALENA. •

MAGD. Señora... (Saliendo y saludándola.)

LUISA. De vuestra amiga  
yo soy la recomendada.

MAGD. Si, me habló de su designio;  
cuando le dije que un aya  
buscaba para mi hija,  
me dijo que vos tratabais...

LUISA. Si, señora: aunque nacida  
en noble y antigua casa,  
me trajeron á este punto  
la horfandad y la desgracia.

MAGD. Ya me indicó la duquesa  
de vuestra historia pasada  
los sucesos: sé que hija  
de un general que en campaña  
murió, luchando cual bueno  
por su Dios y por su patria,  
quedó usted huérfana y pobre  
sin recursos; pero honrada.

LUISA. (Ah!)

MAGD. Que educacion brillante  
recibisteis en la infancia,  
y lo que aprendiera entonces,  
con ambicion noble y santa  
enseñar hoy á las jóvenes  
es tan solo su esperanza.

LUISA. Señora...

MAGD. No se avergüence:  
lleve la frente muy alta,  
que ganar nuestro sustento  
al trabajo consagradas,  
honra mas que la opulencia  
desde la cuna heredada.  
Enseñar al que no sabe  
es obligacion cristiana,  
y Dios enaltece á aquellos  
que á cumplirla se consagran.

Dios al redimir al hombre  
y al tomar su carne humana  
para elevar al que sufre  
y consolar la desgracia,  
para derribar barreras  
que la ambicion levantara,  
para engrandecer al pobre  
y humillar al que le ultraja,  
para hacer del mundo entero  
solo un hogar y una patria,  
no se llamó emperador  
ni otro título de vana  
ostentacion, tomó el nombre  
de maestro de las almas.  
Ved si es noble vuestro intento;  
muy noble.

LUISA. Señora, gracias!

Oh! no sabeis cuánto bien  
me producen sus palabras.  
Yo que entre risas y juegos  
pasé mi risueña infancia,  
yo que jóven y opulenta  
fuí de Sevilla envidiada,  
pobre despues, he apurado  
del dolor la copa amarga.  
Cuánto he sufrido, Dios mio!

MAGD. Pobre amiga! Las pasadas  
desgracias no recordemos:  
de hoy mas tendreis una hermana,  
y en mi Emilia, un ángel puro  
que á vos esta madre encarga;  
una hija, que habrá de amaros  
como amar sabe su alma.

LUISA. Una hija?!

MAGD. Si, una hija.

Es tan buena! Tiene tanta  
virtud en su corazon;  
que si Dios me la quitara  
no se si alcanzar pudiera  
la resignacion cristiana.  
Oh! dispensad á una madre  
que á su hija idolatrada

alabe así; mas bien pronto  
vos juzgareis.

LUISA.

No, me basta  
conocer á usted, señora,  
y comprender cuánto alcanza  
el inmenso amor de madre  
que del mismo Dios emana.  
Amor de madre! Luz pura  
que en el corazon inflama  
otro amor, de este amor santo  
solo la tibia alborada.  
Amor todo sufrimiento,  
que del corazon arranca,  
aun antes que nos desgarré  
para nacer las entrañas.  
Amor que nace entre llanto,  
como en piedra solitaria  
regada por la tormenta  
la silvestre pasionaria.  
Amor que mece la cuna  
en la presurosa infancia,  
que vive siempre anhelando  
en la juventud preciada,  
que bebe luz en la luz  
que despiden las miradas,  
del hijo de nuestra vida,  
del alma de nuestra alma;  
amor puro, amor divino  
que el Señor santificara,  
madre de la humanidad  
en su Madre inmaculada.

MAGD.

Sois madre acaso?

LUISA.

(Dios mío!)

No, señora.. nunca tanta (Turbada.)  
ventura yo he conocido;  
pero soy mujer...

MAGD.

Y alcanza  
muy bien nuestro corazon  
lo que encierra esa palabra.  
Cuánto me alegro. Ahora puedo  
entregaros confiada  
á esa niña cariñosa

en quien cifro mi esperanza.  
Oh! ilustrad su inteligencia  
para que pueda mañana,  
madre á su vez, ser el ángel  
de su esposo y de su casa.  
Hoy la bendicen los buenos,  
su ángel los pobres lá llaman,  
nunca vió sin socorrerla  
del que sufre la desgracia,  
y á sus lágrimas unió  
con el socorro sus lágrimas.  
La habeis de amar tanto y tanto,  
que muy pronto en esta casa  
Emilia tendrá dos madres.

LUISA. (Y tú ninguna, hija amada!)

MAGD. Venga usted, quiero que vea  
á la risueña esperanza  
de mi vida.

LUISA. Bien, señora.  
(Se me despedaza el alma!)  
(Vásen por la puerta lateral de la izquierda.)

## ESCENA V.

EMILIA entra por la puerta del foro con una rosa blanca en la mano.

Madre mia!... No está aqui.  
Y yo que tan presurosa  
vine á ofrecerla esta rosa  
que para ella cogí...  
Pobre flor!... fresca y lozana  
del tallo haberla quitado:  
haber su vida tronchado  
en su primera mañana.  
Las flores sienten... la aurora  
sonrie al verlas tan bellas,  
y porque se ocultan ellas  
al llegar la noche llora.  
Ya me da pena... quizá  
te amaba el céfiro, flor,  
y cuando vuelva, tu amor

en vano te buscará.  
En vano irá murmurando  
tu nombre por el jardín,  
y habrá de morir al fin  
sin hallarte suspirando.  
Ya místicas tus hojas hallo,  
que el amor era tu vida...  
cruel he sido, flor querida,  
al arrancarte del tallo.  
Oh! si me hubieran robado  
del corazón el amor...  
Por qué te habré separado  
de tu tallo? pobre flor!...

## ESCENA VI.

DICHA, ENRIQUE, que ha oído las últimas palabras.

ENR. Quién á robar se atreviera  
mi amor con acción impia?

EMILIA. Enrique!...

ENR. Dulce alma mía!  
Quién al claro sol pudiera  
robarle la luz del día?

EMILIA. Nadie, nadie.

ENR. Tus amores  
son mis encantos mejores.  
Amas las flores, mi vida?  
pues oye, prenda querida,  
lo que aprendí de las flores.  
Era un jardín: blandamente  
los céfiros murmuraban,  
y de la flor inocente  
el perfume arrebataban  
para aromar el ambiente.  
Sus hojas de mil colores  
mostraban las flores bellas,  
y sus cántigas de amores  
callaban los ruiseñores  
por contemplarlas á ellas.  
En dulce vida inocente  
gozaban puros amores,



pájaros, flores y fuente,  
felices siendo igualmente  
fuente, pájaros y flores.  
Mas una noche callada  
- en que la pálida luna,  
su dulce luz encantada  
reflejaba nacarada  
en el bosque y la laguna,  
en el jardín amoroso  
se oyeron dulces acentos,  
y despertaron los vientos  
y alzaron el vuelo, atentos  
á aquel rumor misterioso.  
Quisieron saber livianos  
de aquella noche el secreto;  
mas fueron esfuerzos vanos;  
de las flores los arcanos,  
guardó el silencio discreto.  
Pero al asomar el día ..  
su hermoso albor sonrosado  
dando vida y alegría,  
hallaron engalanado  
todo el jardín á porfia.  
Con hojas nuevas las flores,  
las brisas nuevos aromas,  
y con arrullos mejores  
explicando sus amores  
las purísimas palomas.  
Cuál es la causa hechicera  
de tanta y tanta ventura?  
Por qué es el aura mas pura  
y la brisa mas ligera,  
y mas fresca la espesura?  
Así alegre preguntaba  
un céfirillo liviano,  
que desde lejos llegaba  
á otro céfiro su hermano,  
que á una flor acariciaba.  
Y el céfiro respondió  
con sus palabras de amores,  
es porque el día llegó  
que entre nosotros nació,

la hermosa flor de las flores.  
Los dos por mejor oirse  
sus perfumes confundieron,  
y no pudo percibirse,  
ni el acento distinguirse,  
de lo demas que dijeron.  
Solo con acento blando  
el aura que susurrando  
á los amores concilia,  
al irse los dos volando  
les oyó decir: «Emilia.»  
Tal es la sencilla historia  
que á las flores aprendí;  
tal la guarda mi memoria,  
y dije: no es ilusoria  
al momento en que te ví.

EMILIA. Enrique!... Pues yo tambien  
voy á contarte una historia,  
que tampoco es ilusoria;  
quiera Dios que mi memoria  
pueda repetirla bien.  
Era un sueño: yo soñaba  
que triste y sola en el mundo,  
todo el mundo me olvidaba,  
y con desden me miraba  
en su desprecio profundo.  
Sola, triste, suspirando,  
por el desierto corriendo  
y lágrimas derramando,  
iban mis ojos secando  
y en mi corazon cayendo.  
Pero una hermosa mañana  
ví cruzar un caballero  
con apostura galana,  
y dije, ese alma es mi hermana,  
es el alma que yo quiero:  
y lloré mas; y radiante  
ví tambien á una hermosura  
con tan celestial semblante,  
que juzgué estaba delante  
de una divina criatura.  
Con acento dulce y blando

porque el dolor no me aflija,  
me dijo estaba soñando,  
y fué mi rostro besando  
y llamándome su hija:  
al mismo tiempo veía  
al apuesto caballero  
que su amor me repetía,  
y yo soñando decía:  
si es sueño, volver no quiero.  
Derperté, miré alrededor,  
y aunque huérfana de padre,  
bendije, Enrique, al Señor:  
á un lado estaba mi madre  
y al otro lado mi amor.

- ENR. Ángel puro, quién pudiera  
escucharte sin amarte?  
EMILIA. Tu amor, Enrique, exagera.  
ENR. Que fueras diosa quisiera  
para cual Dios adorarte.  
EMILIA. Dichosa cual tú anhelante  
guardo el amor de los dos;  
mas no ciegos delirante,  
ámame como á tu amante,  
pero adorar solo á Dios.

## ESCENA VII.

DICHOS, DOÑA MAGDALENA y LUISA, puerta izquierda.

- EMILIA. Madre del alma! (Al verla.)  
ENR. Señora...  
(Besando la mano con respeto á doña Magdalena.)  
MAGD. Adios, Enrique.—Hija mia!  
(La besa en le frente.)  
EMILIA. Quieres esta flor?  
MAGD. Si es tuya  
cómo no, luz de mi vida.  
La señora que esperabamos  
(Presentando á doña Luisa.)  
para seguir tu emprendida  
educacion, ya ha llegado.  
La señora doña Luisa

- de Carvajal.
- EMILIA. Qué me alegro!  
Ya me cansaba esta vida  
de holgazana.
- LUISA. No lo creo.  
Sé que ocupacion precisa  
tiene usted todas las tardes.
- EMILIA. Le habeis dicho?...
- MAGD. Qué motiva  
tu inquietud? Hacer el bien,  
nunca avergüenza, hija mia.  
Las pobres niñas del barrio  
que de instruccion necesitan,  
reciben todas las tardes  
en el jardin de esta quinta  
la leccion que tú les das.
- EMILIA. Pero por qué lo publicas?  
Me da vergüenza.
- LUISA. Es un ángel!
- MAGD. ¿No tengas rubor, Emilia.  
Las buenas obras ejemplo  
dan á todos.
- EMILIA. Dios las mira.
- ENR. Qué corazon!
- MAGD. Ved, señora... (Á doña Luisa.)  
Qué es eso, estás ofendida? (Á Emilia.)  
Ven acá; qué, no me quieres?
- EMILIA. No quereros, madre mia! (La abraza.)
- LUISA. (Oh, gran Dios! la misma edad.)

### ESCENA VIII.

DICHOS, CASIMIRA, foro.

- CASIM. Señora...
- MAGD. Qué, Casimira?
- CASIM. El señor Comendador. (Anunciando.)
- ENR. Nuestro padre. (Á Emilia)  
(Váse Casimira.)

## ESCENA IX.

DICHOS, el COMENDADOR.

- COMEND. Buenos dias.  
MAGD. Querido amigo.  
COMEND. Hijos míos. (Los abraza.)  
Cuál me place su ventura: (Á Magdalena.)  
de mi triste ancianidad  
las esperanzas se fundan,  
en verlos vivir felices.  
Y lo serán, si, no hay duda.  
Ea, vamos; estais contentos?  
no hay aspiracion?... (Á Emilia y Enrique.)  
LAS DOS. Ninguna.  
EMILIA. Á qué quereis que aspiremos?  
COMEND. Á unir en dulce coyunda  
vuestras manos, á ser pronto  
ante Dios *duo in carne una*.  
MAGD. Siempre contento.

## ESCENA X.

DICHOS, JUAN, entrando por el foro.

- JUAN. Señora,  
una pobre desgraciada  
está esperando á la entrada  
vuestra piedad bienhechora.  
Pobrecita, y es tan vieja!  
EMILIA. Madre mia?...  
(Indicando que la deje ir á socorrerla.)  
MAGD. Comprendo bien.  
ENR. Si me permitis, tambien... (Á Magdalena.)  
MAGD. Id y vereis. (Á Luisa.)  
COMEND. Qué pareja!  
(Vánse Enrique, Emilia, Juan y doña Luisa.)

ESCENA XI.

MAGDALENA, el COMENDADOR.

COMEND. Que Dios los bendiga.

MAGD. Si;

son dignos de la ventura.

COMEND. Qué alma tan noble y tan pura

para mi Enrique escogí.

Soñando estoy en el día  
de verlos siempre enlazados,

conservando inmaculados

mis títulos de hidalguía.

MAGD. No hace feliz la riqueza  
como ese mundo asegura,

ni consiste la ventura

solo en la vana nobleza.

Son nobles, teneis razon;

pero unan á su ascendencia,

calma para su conciencia

virtud para el corazon.

COMEND. Es verdad, pero ante todo

es el honor del linaje.

Yo á todo lo que le ultraje  
no hallo de vengarlo modo.

Mis nobles antepasados

gloria eterna consiguieron,

y su historia trasmitieron

en sus timbres blasonados:

nunca la aleve falsia

vino á manchar sus laureles,

jamás cruzó mis cuarteles

la barra de bastardia.

Y si alguna vez la suerte

mi escudo hubiera manchado,

antes hubiera buscado

que su ignominia la muerte.

La honra limpia nunca aguarda

nada que enturbiarla pueda,

nunca en los Sanchez Uceda

se mezcló sangre bastarda.

MAGD. (Ah!)

COMEND. Lo primero que exijo  
es pureza de linaje;  
no consiento que lo ultraje,  
señora, ni aun á mi hijo.  
Amo, es verdad, la grandeza  
del alma de vuestra Emilia,  
y la acepto en mi familia  
por vuestra antigua nobleza.  
Que aunque causara un pesar  
al que heredará mi fama,  
si no era noble su dama  
no se la dejara amar.

MAGD. (Imbécil: si Enrique fuera  
como su padre...)

COMEND. Á fé mia,  
que ni á Emilia le daría...

MAGD. Ni yo dársela quisiera.  
Permitid, Comendador; (Con dignidad.)  
si es vuestro timbre elevado  
y mucho me habeis honrado,  
os dispenso igual honor.  
Á vuestra alcurnia no cede  
la alcurnia de mi familia;  
pero á la que tiene Emilia  
ninguna igualarse puede.  
Es noble su condicion,  
y á mas tiene otra grandeza  
mayor que vuestra nobleza:  
lo noble del corazon.

COMEND. Señora, creo que ofendida  
me replicais.

MAGD. Si, en verdad.

COMEND. Magdalena, dispensad.  
¿Ofenderos quien unida  
va á ver la vuestra á su raza?...  
Perdonad, mas me extravió...  
es, señora, el flaco mio.

MAGD. Si, sois flaco de cachaza.

COMEND. Me perdonais?

MAGD. Lo estais ya.

(Le da la mano.)

Creeis que yo os guarde rencor?  
por piedad, Comendador.  
(Dios mio! no lo sabrá!)

## ESCENA XII.

DICHOS, EMILIA, ENRIQUE, LUISA.

EMILIA. Madre amada, qué alegría...

LUISA. Ángel puro. (Á Magdalena.)

ENR. Me enagena.

COMEND. Cuéntanos.

EMILIA. Os diera pena  
si la vierais, madre mia.  
Era una madre afligida  
con un pobre niño en brazos,  
pidiendo algunos pedazos  
de pan, ya casi sin vida.  
Decia en su triste afan:  
«calma tu pena, hijo mio...»  
y él seguia: «tengo frio,  
tengo hambre, dáme pan...»  
Y la madre lo miraba  
con entristecidos ojos,  
y aunque por el llanto rojos  
ya la infeliz no lloraba.  
Quién tuviera al verla calma?  
corrí al verla; la abracé;  
lloraron todos, lloré...  
y ahora rie. .

MAGD. Hija del alma! (La abraza.)

COMEND. Ven acá, ven!

(Conmovido y abrazándola tambien.)

EMILIA. Cómo no?

pues no sois tambien mi padre.

COMEND. Quién te ha enseñado?...

EMILIA. Mi madre

á ser asi me enseñó.  
Con maternal eficacia,  
me dijo que la mujer  
en el mundo debe ser  
la madre de la desgraci .



Con los divinos amores  
me enseñó á amar al que llora,  
como quiere, al que la implora  
la Virgen de los Dolores.

Y porque nunca deshecho  
este recuerdo se viera,  
su imágen quiso estuviera  
siempre encima de mi pecho.

Miradla, qué hermosa está,

(Saca un medallon.)

á todo el mundo enseñando  
que debe vivirse amando  
á todo el que sufre.

LUISA.

Ah!!!!

(Reconociendo el medallon.)

COMEND. Qué os sucede?

MAGD.

(Qué impresion!)

EMILIA.

Estais mala?

MAGD.

(Me estremezco!)

LUISA.

(Reponiéndose rápidamente.)

No... no es nada... es que padezco,  
señora, del corazon.

(Cae sentada en el sofá.—Todos la rodean.—Telon  
rápido.)

FIN DEL ACTO PRIMERO.



---

## ACTO SEGUNDO.

---

La misma decoracion del anterior.

### ESCENA PRIMERA.

LUISA, JUAN.

- JUAN. Estais ya mejor, señora?  
Se pasó ya el accidente?  
Qué demonio! si en el mundo  
nadie estar tranquilo puede.  
Y qué susto se llevaron!  
Y nuestra niña, que tiene  
un corazon como un ángel!
- LUISA. (Dios mio, qué horrible suerte!)
- JUAN. Lástima que ese pimpollo  
en sus venas no tuviese  
la sangre de mi señor.
- LUISA. Qué habeis dicho?
- JUAN. No, nó piense  
qué es verdad: he dicho algo?  
mal haya mi lengua... á veces.
- LUISA. Conque nó es hija?
- JUAN. Señora,  
por tal el mundo la tiene;  
y lo que es la señorita  
la adora cual si lo fuere.

Ya se vé, con el marqués  
no quiso Dios que tuviese  
ningun hijo... Pobre ángel!  
Más blanquito que la nieve,  
temblando de hambre y de frio,  
en el altar de San Felix  
le encontré yo; sollozaba  
que daba lástima verle.  
Hija del alma!

LUISA.

JUAN.

Asi dije,  
señora, precisamente...  
Mala madre la que olvida  
á la que llevó en su vientre,  
peor que los tigres feroces,  
peor que las fieras serpientes.  
(Dios mio!)

LUISA.

JUAN.

Si, si, señora;  
me hizo llorar... y de suerte  
que abrigando con mi capa  
al angelito inocente,  
se lo traje á mis señores...  
Se pusieron tan alegres!...  
Si vierais, ay! qué bonita!  
y qué ojos mas monos tiene,  
y qué boca, y como bobos  
en mirarla se entretienen.  
Nadie supo aquel suceso  
sino yo: secretamente  
se bautizó con los nombres  
de mis amos los marqueses,  
y todo el mundo, señora,  
por hija suya la tienen.  
El marqués, pobre señor!  
despues de esto, murió en breve,  
y la niña fué el consuelo  
de su madre.

LUISA.

JUAN.

LUISA.

JUAN.

LUISA.

JUAN.

(Dios clemente!)  
Pero qué es eso? estais triste?

No, no es nada.

Me parece...

Seguid.

Pero he dicho algo?

Ah! me olvidaba: pendiente  
del cuellecito llevaba  
en una cintita verde  
la Virgen de los Dolores.  
LUISA. (Dios poderoso! valedme!)  
Y en qué pueblo fué?...  
JUAN. En Sevilla

há quince años y dos meses.  
Pero yo no he dicho nada:  
si la marquesa supiese...  
Á nadie nunca lo dije.  
Pero á vos, que sereis siempre  
como aya de doña Emilia,  
de la casa, es diferente;  
pero, por Dios, no digais...

LUISA. Descuidad.

JUAN. Vaya, que viene  
á buen andar la mañana.

LUISA. Dios te guarde.

JUAN. Con él quede. (Váase.)

## ESCENA II.

LUISA.

Dios mio! qué horrible suerte!  
Quince años que te dí vida,  
hallarte, prenda querida,  
y tener, ay! que perderte!  
Qué castigo tan cruel  
para mi culpa, Dios mio!  
Perdonad mi desvario  
y seguid, seguid con él:  
aun cuando en mi pena sea  
por su fuego consumida  
el verdugo de mi vida,  
Señor, que siempre la vea.  
Que pueda tener yo fija  
mi mirada en su mirada,  
que respire en la morada  
en que respira mi hija.  
Yo callaré: se me irá

el alma entera en los ojos,  
mas no se verán ni aun rojos,  
solo el alma llorará.  
Dios mio, y podré sufrir?  
Dios mio, podré triunfar?  
Si el alma puede callar,  
el cuerpo podrá vivir?  
No; quiero, aunque mal te cuadre,  
(Mirando adentro.)  
que me la entreguen, es mia.  
Mi vida por solo un dia  
por decirle: «Soy tu madre!»  
Mas qué dije? qué locura!  
Corazon, qué le has de dar?  
Es feliz, ¿vas á trocar  
su dicha por tu ventura?  
Ella adora á Magdalena  
como á su madre, Dios mio!  
Qué terrible desvario  
todo mi ser enagena?  
Niña, todo corazon  
trocará en su dulce engaño  
por hielos del desengaño  
las flores de la ilusion?  
Opulenta, bendecida  
su dicha voy á turbar?  
Su esplendor á cambiar  
por mi desgraciada vida?  
Oh! aunque el dolor me devore  
que nunca lo sepa, no.  
Sufra, pene, muera yo,  
pero que Emilia no lllore. (Queda abatida.)

### ESCENA III.

DICHA, EMILIA, por el foro.

- EMILIA. Estais mejor, doña Luisa?  
LUISA. Si, mejor me encuentro ahora.  
Hija querida... Señora,  
en viendo vuestra sonrisa.  
EMILIA. Me quereis mucho?

LUISA. Si os quiero!

Os quiero, señora, tanto  
que aunque me devore el llanto  
si no he de veros me muero.

Ah! (Reponiéndose.)

EMILIA. Qué placer tan profundo!

No sereis un aya adusta?  
soy feliz, á mí me gusta  
que me quiera todo el mundo.

Qué placer es ser querida  
y qué delicia el amar.

Hay alguien que pueda odiar  
siendo tan bella la vida?

LUISA. Corazon puro, inocente  
que no comprende el rencor!

Seguid asi y el dolor  
no anublará vuestra frente.

Amad al que es desgraciado  
con cariñosa eficacia,

porque la triste desgracia  
Dios mismo ha santificado.

EMILIA. Qué buena sois! no sabeis?  
desde el momento en que os ví  
os quise mucho; y á mí,  
es de veras, me quereis?

LUISA. Que si te quiero? la vida  
adorándote he pasado...

EMILIA. Pues nunca me habeis hablado.

LUISA. Es verdad... pero perdida  
mi existencia en el dolor,  
amaba á un ángel divino,  
y el ángel del cielo vino  
á responder á mi amor.

Os amaba como adora  
cuando la tormenta avanza  
el náufrago á la esperanza.

(Sin poder contener las lágrimas.)

EMILIA. Mas ¿por qué llorais, señora?

LUISA. No, no lloro... es la alegría...  
Si vierais cuánto he sufrido?

EMILIA. Si os hubiera conocido  
no sufrirais.

- LUISA. Hija mia!  
EMILIA. Qué habeis dicho?  
LUISA. (Reponiéndose.) (Qué prolija  
situacion.) Es que... (Gran Dios!)  
á una niña como vos  
quién no ha de llamarla hija?  
EMILIA. Oh! gracias.  
LUISA. El alma llena  
de placer... y me amarás  
siempre asi? (No puedo mas.)  
Hija!...  
(Aparece Doña Magdalena por la puerta izquierda.)  
Doña Magdalena!

### ESCENA IV.

DICHAS, DOÑA MAGDALENA.

- MAGD. Qué es eso, estabais llorando?  
EMILIA. De placer, madre querida.  
Ha sido triste su vida  
y la estaba consolando.  
LUISA. (Por qué con mi pena lucho!)  
EMILIA. Con placer la estaba oyendo.  
MAGD. Me alegre.  
EMILIA. Estaba diciendo  
que habrá de quererme mucho.  
MAGD. Me alegre.  
LUISA. (Triste agonía.)  
MAGD. Emilia, tengo que hablar...  
EMILIA. Bueno, adios: voy á regar  
mis flores.  
MAGD. Si, si, hija mia.  
(Váse Emilia, puerta del fondo.)

### ESCENA V.

DOÑA MAGDALENA, LUISA.

- MAGD. Señora, todo lo sé.  
LUISA. Lo adivináis?  
MAGD. Si, señora.  
LUISA. Es mi hija.



MAGD.

Pero ahora  
no es vuestra hija: lo fué.

LUISA.

Cómo...

MAGD.

Habéis sido casada?

LUISA.

No, señora: es mi martirio,  
fruto de amante delirio...

MAGD.

Ya comprendo.

LUISA.

Desdichada!

MAGD.

No es vuestra hija.

LUISA.

Eso no,  
pues ¿quién, aunque mal le cuadre,  
puede negar á una madre  
la hija que tanto lloró?

MAGD.

Su madre misma.

LUISA.

Dios mio!

MAGD.

La que olvidando su honor,  
de su criminal amor  
en el ciego desvario,  
solo piensa en las delicias  
en que le abisma su amante,  
y se olvida delirante  
del fruto de sus caricias.  
La que ama tan solo al padre  
mientras le brinda placer,  
y no quiere al nuevo ser  
que la hizo llamarse madre.  
La que entre manos extrañas,  
en medio de su locura,  
deja una pobre criatura,  
pedazo de sus entrañas.  
La que la ha visto nacer  
y halló su primer mirada  
y le arrojó despiadada...

LUISA.

Oh!!

MAGD.

Ni es madre ni es mujer.

LUISA.

Ah! muévaos á compasion...  
mi corazon destrozado.

MAGD.

Y al haberla abandonado  
dónde estaba el corazon?  
Dónde estaba cuando impio  
la abandonó en un altar,  
viéndola triste espirar

muerta de hambre y de frio?  
Vida la prestó el amor  
contra el honor que lo llora,  
y muerte despues, señora,  
contra el amor el honor?  
Qué honor es ese que asi  
puede perderse ante el padre,  
matando el amor de madre  
que el mismo Dios puso aqui?  
(Llevándose la mano al pecho.)  
Débil, ciega, descuidada  
en la amante seduccion,  
ceder á la tentacion  
pueda el alma enamorada.  
Mas si la razon vencida  
cede en loco devaneo  
y satisfecho el deseo  
del amor brota otra vida,  
guarde la madre infeliz  
el fruto de sus amores;  
no busque nuevos dolores  
por ocultar su desliz;  
que aun cuando al honor sujeta  
su mancha al honor no cuadre,  
á la que sabe ser madre  
hasta el mismo honor respeta.  
Y si su fama perdida  
se ve triste y deshonorada,  
podrá vivir desgraciada,  
mas no será parricida.  
Por piedad!...

LUISA.  
MAGD.

Por dicha, Emilia  
halló quien bien la quisiera,  
y quien con amor la diera  
padre, madre, otra familia.  
Pero si en vez de encontrar  
en mi pecho un nuevo amor  
no encontrara en su dolor  
quien la fuera á consolar;  
si su alma al pesar despierta  
y en desdichada ignorancia  
pasara su triste infancia

pidiendo de puerta en puerta;  
si en su triste juventud  
en los altares del vicio  
depusiera en sacrificio  
su hermosura y su virtud;  
si en su destino fatal,  
de todos vilipendiada,  
se viera la desgraciada  
muriendo en un hospital;  
la que en su deshonra fija  
la abandonó á su destino,  
qué hará cuando el juez divino  
le pregunte por su hija?

LUISA.

Oh! por Dios! me estais matando!  
Escuchadme por piedad,  
y el sufrimiento mirad,  
señora, que me está ahogando.  
Hermosa, noble, envidiada  
en mi ardiente juventud,  
amé, cual vos, la virtud  
y la guardé inmaculada.  
Volando de flor en flor  
cual errante mariposa,  
crecía jóven y hermosa  
sin comprender el amor.  
Burlaba, niña inocente,  
de todos mis amadores,  
y uno solo á los amores  
humilló mi altiva frente.  
Hermoso, apuesto, galan,  
perdí por su amor la calma,  
y supo robarme el alma  
con su delirante afan.  
Despues, oh! terrible día!  
Todo lo supo mi padre,  
y apenas, ay Dios! fuí madre  
me arrebató la hija mia.  
Le rogué desesperada;  
pero todo, todo en vano:  
era inflexible el anciano  
para su honra manchada.  
Y en su padecer impio

por mi desgraciada suerte,  
mi culpa causó su muerte  
y le perdí: padre mio!  
Despues, cuánto padeció  
mi existencia abandonada!...  
Habré sido desgraciada,  
pero parricida no.  
No me engañais?

MAGD.

LUISA.

Estais viendo  
mi llanto y he de mentir?  
Cuando de tanto sufrir  
vivo, señora, muriendo?  
Sabeis lo que he padecido  
para buscar á mi hija?  
Mi investigacion prolija,  
señora, me ha empobrecido.  
Las ciudades recorrí  
de España, Inglaterra, Francia;  
en mi maternal constancia  
buscándola siempre fuí.  
Cualquier niña que veia,  
cualquier niña que encontraba,  
que era mi encanto pensaba,  
la vida del alma mia.  
La quitaron de mi lado  
sin escuchar mis gemidos  
y los gritos doloridos  
de mi pecho destrozado.  
Pero ya la encontré, si,  
á vuestro lado... dichosa,  
buena, bella y tan hermosa  
cual yo siempre la creí.  
De hoy mas, que nada me aflija.  
Vos sois muy buena, verdad?  
Oh! si, si, tened piedad;  
dadme, señora, mi hija.

MAGD. Luisa, me pedis la vida:  
la amo tanto como vos.

LUISA. Tened compasion, por Dios,  
de una madre entristecida:  
volvedme mi bien amado.

MAGD. Perderla!

LUISA. No, no, señora;  
estaremos como ahora,  
siempre viviendo á su lado.  
Qué dichosa voy á ser...

Ya mi corazon no llora;  
no os han de apiadar, señora,  
quince años de padecer?

MAGD. Oh! si: el pesar no os aflija:  
aunque se me arranque el alma,  
voy á volveros la calma,  
voy á daros vuestra hija.  
Mas no os ireis...

LUISA. Nunca, no;  
unidas siempre estaremos:  
con un amor la amaremos:  
tendrá dos madres.

MAGD. Si.—Oh!  
Imposible.

LUISA. Suerte avara!

MAGD. Si el Comendador supiera  
que legítima no era,  
á Enrique se la negara.  
Él razones nunca aguarda  
en tratando de linaje,  
y mira como un ultraje  
el llevar sangre bastarda.  
En vano será replique  
loco de amores su hijo;  
antes le mata, de fijo,  
que enlazar con ella á Enrique.  
Enrique, de nuestra flor  
la ilusion casta y serena,  
oh! moriria de pena  
si le robasen su amor.

LUISA. Morir ella?

MAGD. Bien lo sé.

LUISA. Y siempre habré de callar?

Oh! yo la quiero abrazar.

MAGD. Aunque sufra?...

LUISA. Callaré.

(Despues de un momento de irresolucion. Aparece  
Emilia en la galeria.)

- MAGD. Silencio... que no nos vea  
llorando...  
EMILIA. (Dentro.) Madre!  
MAGD. Ven, si.  
EMILIA. Enrique viene tras mí;  
(Entrando precipitadamente.)  
guardadlo. (Da á Magdalena un papel.)  
LUISA. (Bendita sea.)

## ESCENA VI.

DICHAS, EMILIA.

- EMILIA. Estais llorando las dos?  
MAGD. No, hija mia, no; es verdad? (Á Luisa.)  
LUISA. Si, señora. (Descuidad.)  
EMILIA. Me alegro, gracias á Dios.  
Me pareció; mas antojos  
debieron ser... loca soy;  
y es que como siempre estoy  
viándome, madre, en tus ojos.  
MAGD. Hija amada!  
LUISA. (Dios divino!  
dónde hay mas triste afliccion?)  
(Á qué terrible expiacion  
me condena mi destino!)  
MAGD. Conque, vamos, dí, y ahora (Á Emilia.)  
por qué entrabas azorada...  
este papel?...  
EMILIA. Nada, nada...  
ENR. (Entrando con el Comendador.)  
Decid que mucho, señora.

## ESCENA VII.

DICHAS, ENRIQUE, el COMENDADOR.

- MAGD. Qué es eso? me has engañado?  
EMILIA. Perdonadme, madre mia.  
MAGD. Mas qué es esto? Una poesia?  
(Desdoblando el papel.)  
COMEND. De dónde la habrá copiado?

- ENR. Con mi padre entraba yo  
en el jardín, y al volver  
una calle, la creí ver  
que al sentirnos se ocultó.
- EMILIA. Me daba vergüenza de él.
- ENR. La fuimos luego siguiendo  
y la vimos escribiendo  
versos en ese papel.  
De pronto nos presentamos,  
y al mirarse sorprendida  
veloz emprendió la huida.
- COMEND. La seguimos y aquí estamos.  
Conque versos?
- EMILIA. Y perversos  
habrán de ser... fué una idea.
- COMEND. Que se lea, que se lea.
- EMILIA. Pero si no sé hacer versos.  
Mientras regaba las flores,  
de mi madre me acordé:  
quise escribir... yo no sé  
si esos son versos, señores.  
En aquel dulce momento  
me puse triste, sentí,  
lloré también... y escribí  
de mi pecho el sentimiento.
- COMEND. Vamos, cuándo acabará  
tu modestia... lees tan bien!
- MAGD. Vamos.
- LUISA. Leed.
- EMILIA. Vos también?  
Pues bien, lo quereis, será.  
(Leyendo.) «Á mi madre.  
»Regando estoy las flores,  
»y el pecho siente  
»una inquietud que anubla  
»mi vida alegre.  
»Entristecida  
»no sé por qué me encuentro;  
»ven, madre mía.  
»El cielo está sereno,  
»las aves cantan,  
»las mariposas vuelan,

»pura es el aura;  
»y entristecida  
»no sé por qué me encuentro;  
»ven, madre mia.  
»Mi vida entre placeres  
»dichosa corre,  
»el corazon alienta  
»puros amores;  
»y entristecida  
»no sé por qué me encuentro,  
»ven, madre mia.  
»Ven, te llama mi pecho,  
»madre del alma;  
»quiero estar á tu lado;  
»ven, madre amada:  
»oye á tu hija;  
»yo no quiero estar triste:  
»ven, madre mia.»

(Durante la lectura, inquietud creciente en doña Luisa )

COMEND. Victor, Emilia, muy bien.

ENR. Quién la vé sin adorarla?

LUISA. (Y no poder abrazarla!)

EMILIA. Estais vos triste tambien? (Á Luisa.)

LUISA. No puedo mas: la emocion  
ya me arrebatata la calma.

EMILIA. Me quereis? (Á Luisa para contentarla.)

LUISA. (Fuera de sí.) Con toda el alma,  
hija de mi corazon!

(Se arroja en sus brazos y la besa con delirio de madre.)

COMEND. Vuestra hija!

LUISA. Mi hija, si.

Sal ya, secreto, del pecho.

EMILIA. Vuestra hija!

MAGD. (Á Luisa.) Qué habeis hecho?

COMEND. Pero... (Á Magdalena.)

MAGD. Es verdad.

ENR. Ay de mí!

COMEND. Y vos me habeis engañado?

MAGD. Fué expósita y la adopté.

COMEND. Expósita! yo no sé



cómo aun sigo á vuestro lado.  
Á qué mi vergüenza aguarda?

ENR. Padre...

COMEND. Calle y no replique:  
iba yo á enlazarte, Enrique,  
con una mujer bastarda!  
Vámonos.

LUISA. Ay, triste madre!  
Señor... (Al Comendador.)

ENR. Matadme primero,  
perdonadme, lo prefiero.  
(Resistiéndose á marchar.)

EMILIA. Enrique, sigue á tu padre. (Con dignidad.)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

Date	Description	Amount
Jan 1	Balance	100.00
Jan 15	Received from A. B.	50.00
Jan 30	Received from C. D.	25.00
Feb 15	Received from E. F.	75.00
Feb 28	Received from G. H.	30.00
Mar 15	Received from I. J.	40.00
Mar 31	Received from K. L.	60.00
Apr 15	Received from M. N.	20.00
Apr 30	Received from O. P.	80.00
May 15	Received from Q. R.	15.00
May 31	Received from S. T.	90.00
Jun 15	Received from U. V.	35.00
Jun 30	Received from W. X.	55.00
Jul 15	Received from Y. Z.	45.00
Jul 31	Received from AA. BB.	70.00
Aug 15	Received from CC. DD.	25.00
Aug 31	Received from EE. FF.	65.00
Sep 15	Received from GG. HH.	30.00
Sep 30	Received from II. JJ.	85.00
Oct 15	Received from KK. LL.	15.00
Oct 31	Received from MM. NN.	95.00
Nov 15	Received from OO. PP.	35.00
Nov 30	Received from QQ. RR.	55.00
Dec 15	Received from SS. TT.	45.00
Dec 31	Received from UU. VV.	70.00
Total		1000.00

---

## ACTO TERCERO.

---

Jardin en casa de la Marquesa.

### ESCENA PRIMERA.

DOÑA LUISA, sola, con una carta en la mano. Está sentada en un banco de piedra.

Y yo he sido: yo, infeliz!  
quien á mi Emilia querida  
ha sumido en la desgracia!  
Yo, que por ella daría  
no mi vida desdichada,  
si mil tuviera, mil vidas!  
Oh! no es hora de perder  
en mi terrible agonía  
el tiempo, no, ni un instante  
debo retardar su dicha.  
Yo veré al Comendador:  
rogaré yo, no mi hija.  
Si ella lo sabe, de cierto  
mi proyecto estorbaría.  
Esta carta hará que acuda  
de mi dolor á la cita  
el Comendador. Aun quiero  
leerla otra vez. Ah! mi vista  
anublada por el llanto  
apenas puede... hija mia!

«Señor Juan Sanchez Uceda (Leyendo.)  
»acoged mi triste llanto  
»y mitigad el quebranto  
»en que mi existencia queda:  
»vencer vuestro enojo pueda  
»de una madre el triste amor;  
»acogedla en su dolor  
»con cariñosa eficacia,  
»y al consolar su desgracia  
»os bendecirá el Señor.  
»Perdonadme, si importuna  
»os pido un momento hablaros,  
»que no habré de molestaros  
»con reconvencion alguna.  
»Mostrad vuestra noble cuna  
»hoy que en su desgracia fija,  
»porque la pena no aflija  
»á un ángel puro del cielo,  
»en busca va de consuelo  
»una madre por su hija.  
»Ah! si, lo hareis, no es verdad?  
»Comendador, vos sois padre  
»y acudireis á una madre  
»en su terrible ansiedad.  
»La pena considerad  
»que me está martirizando;  
»quince años la fuí buscando;  
»venid, venid al instante,  
»que una madre delirante,  
»señor, os está esperando.» (Cierra la carta.)  
Oh! si, si; yo le hablaré,  
y al ver mi triste agonía  
su añeja preocupacion  
acaso vencer consiga.  
Mis súplicas maternales  
no han de humillar á mi Emilia;  
ruego por mí, no por ella:  
nunca una madre se humilla,  
si con sus lágrimas logra  
la ventura de su hija.  
(Atraviesa Juan por el foro.)  
Ah! Juan.—El Dios de los buenos

en mi desgracia le envia.

## ESCENA II.

DICHA, JUAN.

LUISA. Juan.

JUAN. Qué mandais, señora?

Á abrir la verja ahora iba  
pues deben llegar en breve  
al jardín, las pobres niñas  
á quienes les dá leccion  
con tierno afan doña Emilia.

LUISA. Hoy tambien?

JUAN. Vaya, señora,  
se la dá todos los dias.

Como esa niña es un ángel,  
tan buena y caritativa,  
socorre á un tiempo benéfica  
su desgracia desvalida,  
y las enseña á ser buenas  
con la cristiana doctrina.

LUISA. Es un ángel! (Y yo he sido  
quien ha turbado su dicha!)  
Quereis hacerme un favor?

JUAN. Mandadme... señora, diga  
en qué la puedo servir.

LUISA. Quiero esta carta reciba  
el señor Comendador.

JUAN. La tendrá esta tarde misma.

LUISA. Gracias, Juan.

JUAN. Por Dios, señora!...  
mandad;—pero que no diga  
á nadie de aquel secreto..

LUISA. (Nada sabe.) Bien, descuida.

## ESCENA III.

DOÑA LUISA, poco despues EMILIA.

LUISA. Oh! me alegre: nada sabe:  
asi en mi triste porfia

nunca dejara escaparse  
mi secreto. (Emilia sale de entre las flores.)

EMILIA. Madre?...

LUISA. Emilia!!

Madre me dijo tu lengua?

EMILIA. No sois mi madre?

LUISA. Si, si;

pero yo, Emilia, creí  
que lo tuvieras á mengua.

EMILIA. Á mengua, madre querida?  
á orgullo decid.

LUISA. Gran Dios! (Conmovida.)

Eres un ángel.

EMILIA. Y vos

no me habeis dado la vida?

LUISA. Es verdad; pero despues  
nunca me encontraste, Emilia;  
Magdalena es tu familia.

EMILIA. Si, tambien mi madre es.  
Vos me disteis la existencia,  
y ella con santa emocion  
levantó mi corazon,  
ilustró mi inteligencia:  
sin vos no tuviera vida,  
y sin ella hubiera muerto,  
ó hallara el mundo desierto  
en su inmensidad perdida.

LUISA. Hija adorada... es verdad:  
pero yo causé tu pena;  
mi alma de entusiasmo llena  
labró tu infelicidad  
Te dí vida y te perdí;  
quince años te busqué.  
Dios lo quiso: te encontré  
y yo tu verdugo fuí.  
Hermosa flor de las flores  
vivias para el amor,  
y el vendabal del dolor  
te arrebató tus amores.  
Y yo he sido, yo inhumana  
la causa de tu quebranto:  
por mí brotó el primer llanto

de tu vida en la mañana.  
Oh! qué terrible agonía;  
no merezco tu perdón:  
Emilia, ten compasión  
y perdóname, hija mía.

EMILIA.

Por piedad.

LUISA.

Si comprendieras  
lo que por tí he padecido!  
Si lo que el alma ha sufrido  
por encontrarte supieras!  
Siempre mi esperanza huyendo,  
siempre á mi hija buscando,  
ha ido mi vida pasando,  
mi cabello encaneciendo.  
El mundo por tí crucé  
con maternal eficacia,  
y al no hallarte en mi desgracia  
hasta de mi Dios dudé.  
Era mi vida un abismo  
sin fondo, color, ni luz,  
del pecado era la cruz  
sin el redentor bautismo.  
Yo á los hombres preguntaba  
y á los bosques y á la sierra,  
y muda á mi voz la tierra,  
nunca á mi voz contestaba:  
al lucir el nuevo día  
para iluminar mi llanto,  
yo pensaba en mi quebranto  
que á mi Emilia me daría,  
y en su postrer arrebol  
y cuando la noche avanza,  
renaciendo mi esperanza  
aguardaba al nuevo sol.  
Si al cruzar una espesura  
el alma de tu amor llena,  
encontraba una azucena  
como tu sonrisa, pura;  
si en la ciudad populosa  
entre lujo y esplendor,  
cruzaba brindando amor  
alguna jóven hermosa;

si en congojosa agonía  
una niña se acercaba,  
y consuelo me imploraba  
y limosna me pedía.  
De la flor en la pureza,  
entre el lujoso aparato  
del esplendente boato  
y en la mísera pobreza,  
en todas partes te hallé,  
y nunca, Emilia te ví,  
siempre sola me volví  
y siempre sola lloré.  
Comprendes, Emilia, ahora  
mi placer al encontrarte,  
porque infeliz al mirarte  
mi corazón sangre llora?  
Ay! era tal mi emoción  
que en mil pedazos deshecho  
saltado hubiera del pecho  
mi maternal corazón.

EMILIA. Madre querida! cual vos  
en medio de mi alegría,  
vaga inquietud yo sentía...

LUISA. Nos buscábamos las dos.

EMILIA. Siempre una madre á mi lado  
encontraba cariñosa,  
una existencia dichosa  
madre querida he pasado.

LUISA. Nunca en tus sueños me viste?

EMILIA. Cuando mas contenta estaba  
sin saber cómo, lloraba,  
sin pensarlo, estaba triste.  
La pena con duro imperio  
turbaba mi dulce calma.  
Te buscaba, madre, el alma  
por providencial misterio.

LUISA. Y Dios nos juntó á las dos  
mal que á ese mundo le cuadre  
que el amor de hija y de madre,  
es emanación de Dios.

—Pero hoy turban los dolores  
de tu pecho la alegría;



- al encontrarme, hija mía,  
has perdido tus amores.
- EMILIA. Ah! perdonad mi afliccion:  
era mi ilusion amada,  
le amaba, madre adorada,  
con todo mi corazon.  
Pero aunque el dolor taladre  
mi pecho con pena impia,  
yo á Enrique nunca querria  
si abandonase á su padre.  
Ya no le miro á mi lado,  
ya no escucharé su acento,  
pero no estará un momento  
del corazon separado.  
Nuestras almas se amarán  
aunque en triste desconsuelo:  
madre algun dia en el cielo  
nuestras almas se unirán.
- LUISA. Hija del alma! no, no...  
feliz serás, alma pura;  
yo te quité la ventura,  
y aun he de dártela yo.  
De amor la dulce sonrisa  
animará tu semblante.
- EMILIA. Es imposible.
- LUISA. Tu amante  
ha de volver.
- MAGD. Doña Luisa. (Saliendo.)

#### ESCENA IV.

DICHAS, DOÑA MAGDALENA.

- LUISA. Señora...
- EMILIA. Madre adorada.
- MAGD. Hija querida, llorando!
- EMILIA. No: me estaba consolando...  
ya no lloro, madre amada.
- MAGD. (Y no es mi hija, Dios mio!)
- EMILIA. Por qué vuestro rostro viste  
la palidez? estais triste?  
ya no lloro; veis? me rio.

Pensais que os pueda olvidar  
porque otra madre encontré?  
ó juzgais que no podré  
á un tiempo á las dos amar?  
Moderad vuestro dolor...  
sereis dos madres en una,  
y yo tendré cual ninguna  
dos madres y un solo amor.

MAGD. Hija!...—Perdonad si ahora... (Á Luisa.)

LUISA. Por Dios, doña Magdalena,  
mi alma de emocion se llena  
al escucharos, señora.

MAGD. (Y tenerla que dejar!)

EMILIA. Siempre á mi lado las dos...

MAGD. (Siempre á su lado! Gran Dos!)

Señora, os tengo que hablar.

(Á Luisa al paño.)

LUISA. Á solas?

MAGD. Á solas, si. (Entra Juan.)

JUAN. Ya las niñas van llegando.

EMILIA. Voy á su encuentro.

LUISA. Esperando

nos encontrarás aqui.

Vuelve pronto, mi embeleso.

(Emilia va á abrazar á Doña Magdalena y Doña Luisa: no sabe á cuál hacerlo primero, y por no manifestar predileccion les dice:)

EMILIA. Madres... yo... os quiero besar...

vamos, que voy á marchar;

cuál me quiere dar un beso?

LUISA. Hija del alma!

MAGD. Las dos.

(Grupo: Emilia en medio: las dos la abrazan y besan.)

EMILIA. Juntas en mi pecho, así,

así os quiero; siempre aqui;

siempre reunidas: adios.

(Desprendiéndose de pronto por no manifestar su emocion.)

ESCENA V.

DOÑA MAGDALENA, LUISA.

LUISA. Qué alma tan noble!  
MAGD. Es verdad.  
LUISA. Con qué, señora, os pagara  
el bien que os debe mi hija?  
MAGD. Á mí no me debe nada.  
Ella es un ángel: Dios solo  
puede engrandecer el alma:  
yo no he hecho mas que quererla  
con todo el amor que guarda  
un corazon de mujer,  
solo para amar creada.  
Huérfana tambien he sido,  
señora, desde mi infancia;  
nunca el santo amor filial  
mi corazon alcanzara,  
y al hombre á quien dí mi mano  
tampoco mi pecho amaba.  
Obedecí de un tutor  
la voluntad respetada,  
y le amé cual compañero,  
no cual amante: mi alma,  
nacida para el amor,  
nunca el amor encontraba,  
y Dios me envió esa niña  
y con ella la esperanza.  
Al verla, sintió mi pecho  
una impresion desusada,  
y todo el volcan de amorés  
que en mi corazon guardaba  
sentí inflamarse al mirar  
sus dulcísimas miradas.  
Ella fué mi amor de hija,  
que nunca gocé en la infancia;  
ella fué mi amor de amante,  
ella fué mi amor de hermana,  
y ella fué mi amor de madre,  
y de ella fué toda el alma!

Pensad vos si la amaré,  
y si al verla desdichada  
no le diera hasta la vida,  
si ella mi vida tomara.

LUISA. Otro amor tambien teneis;  
yo quiero ser vuestra hermana:  
juntas las dos labraremos  
de nuestra Emilia adorada  
la ventura.

MAGD. Es imposible...  
La veis que oculta sus lágrimas  
y por no hacernos sufrir  
ni un solo gemido exhala;  
pero morirá de pena,  
porque la pena la mata.  
Enrique y ella reunidos  
desde su dichosa infancia  
crecieron juntos amándose;  
fueron dos seres y un alma.  
Ni un solo dia pasaron  
sin decirse que se amaban,  
y estaban los dos pendientes  
de sus amantes miradas.

Eran dos flores gemelas  
que á los halagos del aura  
abren en un mismo tallo  
sus corolas perfumadas.  
Si una de ellas atrevida  
corta una mano inhumana,  
bien pronto su compañera  
dobla su frente agostada.

LUISA. Oh! no será; yo uniré  
á Emilia con el que ama.

MAGD. Imposible; no sabeis  
á dónde el orgullo alcanza  
de ese noble que ha jurado  
conservar pura su raza,  
sin que se mezcle su sangre  
con otra sangre bastarda.

LUISA. Y por mí, por mí; Dios mio!  
Hay madre mas desdichada?

MAGD. Yo no os culpo... era imposible

que vuestro pecho callara;  
comprendo vuestro dolor;  
pero os disculpo, si.

LUISA.

Gracias,  
vos sois mas digna de Emilia  
que esta madre infortunada.

MAGD.

Cesad por Dios, doña Luisa:  
me hacen mal vuestras palabras:  
ella es buena, porque es buena  
quien la llevó en sus entrañas.  
Por eso vine á buscaros,  
que harto comprende mi alma,  
que en la sostenida lucha  
que vuestro pecho batalla,  
mi presencia ha de ser siempre  
de nuevo dolor la causa.  
De madre el amor'sagrado  
nunca consiente que haya  
otra madre, que amorosa  
el amor de su hija parta:  
mi presencia alguna vez  
celos de madre causara,  
y por eso me despido  
ahora mismo dé esta casa.  
Si; tomad: esos papeles:  
la formal renuncia guardan  
de casi todos mis bienes  
en favor de Emilia.

(Dándola un pliego que Doña Luisa rechaza.)

LUISA.

Basta,  
no aumenteis los sufrimientos  
de esta madre infortunada:  
separarnos? nunca, nunca...  
si Emilia á saber llegara,  
nunca... Emilia en sus dos madres  
tan solo una madre ama.  
Tener yo celos de vos?  
Vos que formasteis su alma  
y me devolveis la hija  
que tanto mi amor ansiaba?  
no partireis, es verdad?

CASIM.

El Comendador aguarda (Entrando.)

:

vuestro permiso. (Váse.)

MAGD. Dios mio!  
El Comendador?

LUISA. Le llama  
la que causa la desdicha  
de su hija idolatrada.

MAGD. Qué vais á hacer?..

LUISA. De una madre  
siempre ablandaron las lágrimas.

MAGD. Rogarle! y habeis pensado  
de vuestra Emilia en la fama?  
Rogar á quien la desprecia...  
Qué vais á hacer, desgraciada?

LUISA. Hasta morir si es preciso  
por la hija de mi alma.

MAGD. Eso no es digno de vos,  
y hasta ella lo rech zara.

LUISA. Dejadme.

MAGD. No os lo permito...

LUISA. Soy su madre...

MAGD. Desdichada!

LUISA. Oh! perdon... no sé qué digo...

MAGD. Lo estais viendo?

LUISA. Su desgracia  
quiero evitar.

MAGD. Bien, dejadme  
que le hable yo.

LUISA. Y si rechaza  
vuestros ruegos?

MAGD. Descuidad.  
Yo no he de rogarle nada.

LUISA. Entonces...

MAGD. Si madre digna  
la dignidad nada alcanza,  
podreis, señora, rogarle  
con súplicas y con lágrimas.

(Váse Luisa, fondo izquierda)

## ESCENA VI

DOÑA MAGDALENA, el COMENDADOR.

COMEND. Señora! (Sorprendido.)

MAGD. Señor don Juan  
cómo otra vez por mi casa?  
por tan señalada honra  
os doy, mi amigo, las gracias.

COMEND. Señora, yo no creía...

MAGD. El qué?

COMEND. Que vos me llamabais.  
Aunque descortés juzgueis  
mi proceder, nunca entrara  
en casa que una vez dejo  
si á volver no me invitaran.

MAGD. Os han llamado?

COMEND. Señora,  
me ha llamado en esta carta  
por el nombre de mi hijo  
una madre desgraciada,  
y por madre y por señora  
vengo cual debo á encontrarla.

MAGD. No seré yo la que firme  
en ese papel que os llama.

COMEND. No en verdad... es doña Luisa,  
y por eso cuando entraba  
me causó sorpresa hablaros.

MAGD. Casualidad; que en el alma  
siento por daros disgusto.

COMEND. Señora, nunca una dama  
como vos molestar puede  
á un caballero.

MAGD. Es una vana  
cortesía. No hace mucho  
que de otra manera hablabais.

COMEND. Es verdad, no recordemos  
aquella historia pasada,  
porque al pensar que iba á ser  
envilecida mi raza  
acaso vuelva á olvidarme

de que estoy en vuestra casa.

MAGD. Á qué pues habeis venido?

COMEND. Una señora me llama  
y soy cortés ante todo.  
Yaunque comprendo la causa  
de su dolor, no espereis  
que me convenzan sus lágrimas.  
Ya os lo dije: en mi familia  
nunca habrá sangre bastarda,  
y antes viera muerto á Enrique,  
que unirlo con la que ama.

MAGD. Pues no os molesteis, don Juan,  
que aunque su madre os rogara  
y aunque vos lo suplicarais,  
ois bien? Emilia, os rechaza.  
Ama á Enrique, á qué negarlo;  
mas pudorosa y honrada  
prefiere morir mil veces,  
á que su amor os causara  
el mas ligero pesar.  
Si doña Luisa os llamaba  
en un momento terrible  
de su maternal desgracia,  
ha comprendido despues  
que vale mas desdichada,  
verla morir, que rogaros  
la enlanceis con el que ama.  
Sois noble .. teneis razon;  
mas vuestro orgullo no alcanza  
que existe mayor nobleza  
que la nobleza heredada.  
Emilia, pobre ángel mio!  
aunque de cuna bastarda,  
nunca por vuestra hidalguia  
su pobre origen trocara.  
La alcornia cuya pureza  
tan fiel vuestro orgullo guarda,  
si con acciones gloriosas  
dignas de lauro se alcanza,  
aunque limpio sea su origen,  
suele verse degradada,  
y timbres, lauros, blasones



en sucio lodo se arrastran.  
Pero la pura nobleza  
que en el corazon se guarda,  
la que en la santa virtud  
su hermoso timbre afianza,  
la que vive amando á Dios  
y mira solo una raza,  
en la triste humanidad  
que en este valle de lágrimas  
cruza errante y peregrina  
buscando su eterna patria,  
la que en santa abnegacion  
sabe abandonar la calma,  
y lejos del egoismo  
sin averiguar la causa,  
lleva incansable el consuelo  
adonde quiera que falta,  
la que no hace distinciones,  
ni en el oropel repara,  
y para tender su mano,  
con mirar, sufrir, le basta,  
esa nobleza es mayor  
que vuestra nobleza vana.  
Esta es pobre, deleznable,  
si muy digna no se guarda,  
vive aquella eternamente,  
que del mismo Dios emana.  
Estad, pues, estad tranquilo,  
si vuestro orgullo rechaza  
á un ángel puro diciendo:  
que lleva sangre bastarda,  
ella no os encuentra digno  
de su nobleza de alma.

COMEND. Me insultais?... á esto, señora,  
he venido á vuestra casa?

MAGD. Os insulto! y vos, qué haceis?  
no supisteis despreciarla?  
Quereis que atenta os escuche,  
al mirar que despiadada  
vuestra loca presuncion,  
á dos corazones mata?  
Qué importa que sufra un ángel?

Qué os importa un hijo?... nada.  
Podrá morir... su agonía  
podrá destrozar el alma;  
el remordimiento, luego  
os romperá las entrañas.  
Dios maldecirá al que injusto  
fué de su muerte la causa ..  
pero no importa; no importa,  
se guardó pura la raza,  
y no cruzan los cuarteles  
de bastardia la barra.  
No tendreis amantes hijos  
que en la ancianidad cansada  
os presten dulce consuelo,  
y al dar á Dios vuestra alma,  
no tendreis quien con su lianto  
las puertas del cielo os abra;  
pero no importa, no importa...  
vuestro escudo está sin tacha  
y sus grifos y leones,  
sus lambrequines y garras  
no tendrán que reprocharos,  
porque quedaron sin mancha.—  
Sois padre, vos? ni aun sabeis  
lo que vale esa palabra.

COMEND. Harto, señora, he sufrido  
y ya se agota mi calma...  
(No sé por qué; mas vacilo.)

MAGD. He sido justa.

COMEND. Me cansan  
ya vuestros cargos. Adios.

MAGD. Ved, por allí está la entrada.

(Magdalena, con mucha dignidad, atraviesa la escena y váse por el fondo.)

## ESCENA VII.

EL COMENDADOR, LUISA.

LUISA. Comendador, por piedad!

COMEND. Dejadme paso, señora.

LUISA. Oh! venid conmigo ahora.

COMEND. Doña Luisa, perdonad.  
(De rubor me abrasa el fuego.)  
Dejadme.

LUISA. Si, si; los dos.

COMEND. Imposible, no.

LUISA. Por Dios,  
por vuestro Enrique os lo ruego.

COMEND. Vamos adonde gustéis.

LUISA. Oh! gracias; Dios os bendiga!

COMEND. Marchad, pues quereis que os siga.

LUISA. Señor, no me abandoneis.  
(Vánse por el fondo.)

### ESCENA VIII.

EMILIA, entre bastidores, rodeada de varias NIÑAS pobres.—  
JUAN lleva varios objetos, que á su tiempo ha de repartir  
Emilia.

EMILIA. Gracias, gracias; no olvidéis  
de Dios la santa doctrina.  
Toma, Petra, da á tu madre  
este vestido, hija mia.  
Tú, que le diste tu pan  
á esta infortunada niña,  
toma esas monedas. Tú  
lleva á tu pobre hermanita  
ese traje, y las demás  
tomad tambien, hijas mias.  
(Les reparte dinero y objetos á toda.)  
Me quereis mucho?

NIÑA. Os queremos  
con el alma y con la vida.

EMILIA. Gracias: marchad, que ya es hora,  
y que nunca olvidéis, niñas,  
el sagrado mandamiento  
que hoy os enseñé: «la hija  
que no honra siempre á sus padres  
de Dios será maldecida.»  
Adios.

OTRA NIÑA. No nos dais un beso  
como siempre, señorita?

EMILIA. Es verdad; vaya, á ser buenas. (Las besa.)

OTRA. Que la Virgen os bendiga.

(Vánse todas y Juan.)

## ESCENA IX.

EMILIA, ENRIQUE, que entra apenas acaban de salir las Niñas por el lado opuesto.

EMILIA. Enrique!

ENR. Tu Enrique, si:  
tu Enrique, tu Enrique amante,  
loco, triste, delirante  
que hoy viene á morir aqui.  
En mi amorosa pasion  
sin tí no quiero la vida:  
sin tu amor, prenda querida,  
se me parte el corazon.  
No trueco mis ilusiones  
por esa necia hidalguia:  
tus encantos, vida mia,  
son mis mejores blasones.  
Yo sin tí vivir no quiero,  
encanto de mis amores:  
hermosa flor de mis flores,  
si tú me dejas, me muero.

EMILIA. Enrique... dejarte yo!  
yo que por tu amor daría  
á gotas la sangre mia...  
—pero no me escuches... no...—  
Huye de mí .. Dios maldice  
al que á su padre no honra:  
mi amor, Enrique, deshonra  
como tu padre lo dice.  
Y aunque supiera morir  
en la lucha que me mata,  
pudieras llamarme ingrata,  
mas no te oiré maldecir.

ENR. Qué me importa? nada anhele:  
aunque el mundo se opusiera:  
aun cuando encontrar supiera  
el infierno en vez del cielo,

sin tí no quiero vivir,  
sin tí no quiero gozar;  
no quiero la vida hallar,  
quiero á tu lado morir.

EMILIA. Qué locura... por piedad,  
que me estás martirizando...  
no me ves que estoy llorando?  
Enrique, ten caridad.

Piensas tú que no padezco?  
piensas que te he de olvidar?  
de que lo puedas pensar  
solo, Enrique, me estremezco.

Yo vivo por tus amores;  
pero qué puedo yo hacer  
del amor y del deber  
sufriendo opuestos dolores?

ENR. Y perderte!... suerte avara.

EMILIA. Es preciso... Dios clemente...

ENR. Dios que te pierda consiente...

EMILIA. Acaso Dios nos separa;  
respetemos sus arcanos,  
y en nuestra triste afliccion  
con santa resignacion  
sus decretos soberanos:  
suframos, Enrique, asi,  
pues lo quiere el Dios potente;  
luego siempre, eternamente  
nos amaremos allí. (Señala al cielo )

ENR. Y he de quedar sin tu amor  
y por siempre he de perderte?  
Nunca, Emilia; antes la muerte  
venga á calmar mi dolor.

Oh! nunca: aunque mal le cuadre,  
quiero á tu lado vivir:

por qué ciego he de seguir  
la voluntad de mi padre?

Que siempre á mi lado vea  
la hermosa luz de tus ojos:  
mi padre... (Con despecho.)

EMILIA. (Con tono imperativo.)

Enrique, de hinojos!  
Tu padre, bendito sea!

- (Queda Enrique confundido.)  
Nunca con afan prolijo  
te busques su maldicion;  
jamás encuentra razon  
en contra de un padre un hijo.
- ENR. Oh! por piedad, vida mia...
- EMILIA. Si fueras por mí á perder  
el camino del deber,  
Enrique, no te amaria.
- ENR. Que no me amas?... qué has dicho?
- EMILIA. Que no te quiero?... es verdad;  
te guise... por vanidad...  
qué sé yo... por un capricho.  
Por eso no estoy luchando;  
por eso tranquila estoy;  
por eso dichosa soy;  
por eso no estoy llorando.
- ENR. Necio orgullo de familia!  
perdona mi desvario...  
Voy á perderte, bien mio?  
no he de verte mas, Emilia?  
Oh! yo rogaré á tu madre  
y mis súplicas oirá,  
y contigo me unirá  
aunque se oponga mi padre.
- EMILIA. Qué has pensado?
- ENR. No lo sé ..  
Estoy loco...
- EMILIA. Loco estás...
- ENR. Emilia... me olvidarás?... •
- EMILIA. Olvidarte!
- ENR. Bien lo sé...
- EMILIA. Ah! si yo no comprendiera  
cuánto padeces, bien mio,  
tu terrible desvario  
con la duda me ofendiera.
- ENR. Oh! perdon... de mi quebranto  
ten piedad.
- EMILIA. Porque te quiero,  
aunque sin tu amor me muero,  
sabré devorar mi llanto.  
¿Quieres en triste afliccion

ser de un padre aborrecido,  
siempre llevando al oído  
la terrible maldición?  
Piensas que Dios pueda amar  
al que abandona á su padre,  
al que consigue á una madre  
ver por su causa llorar.  
De Dios imagen sagrada,  
la loca desobediencia,  
va por siempre en la conciencia  
con marca eterna grabada.  
Siempre en oculto dolor  
vive el alma consumida:  
se halla desierta la vida,  
se halla desierto el amor.

ENR. Yo sin tí vivir no quiero,  
tú eres mi sola familia.

EMILIA. Entre tu padre y tu Emilia  
sea tu padre lo primero.

ENR. Y habré de perderte yo  
para siempre?... no... prefiere  
mi corazón...

EMILIA. Dios lo quiere.

Adios para siempre.

(Va á marchar y al mismo tiempo sale de entre las  
flores el Comendador, con Luisa y Doña Magdalena,  
que se habrán visto entre ellas desde el final de la  
escena.)

## ESCENA ÚLTIMA.

DICHOS, COMENDADOR, LUISA, DOÑA MAGDALENA.

COMEND.

No!

Ya me has vencido, hija mia:  
unid vuestros corazones:  
venga á aumentar mis blasones  
la barra de bastardia.  
Con orgullo la veré  
sobre mi escudo cruzada:  
con mi nobleza heredada  
tu nobleza enlazaré.

Al fin pudo mi razon  
ver donde el orgullo llega;  
despertó mi mente ciega  
á la luz del corazon.  
En toda su plenitud  
ahora mi nobleza creo,  
porque ahora comprendo y veo  
la nobleza en la virtud.  
Mis dignos antepasados  
digna fama consiguieron,  
y su historia transmitieron  
en sus timbres blasonados.  
La viva luz de su gloria  
el pecho de orgullo inflama,  
pero ay! si muerta la llama  
queda tan solo la escoria.  
En tanto, siempre, hija mia,  
tu nobleza eterna vive,  
que Dios en el cielo escribe  
los timbres de tu hidalguia.

EMILIA. Ah, señor!... tanta bondad...

CÓMEND. Fuera temores impíos:  
venid á ser, hijos míos,  
consuelo á mi ancianidad.

EMILIA. Madres, cesó ya el dolor. (Á las dos.)

MAGD. Las dos?

EMILIA. Si, si: qué fortuna!

Si, yo tengo cual ninguna  
dos madres, y un solo amor.

(Grupo: Emilia en el centro abrazando á sus dos  
madres: el Comendador al lado de Doña Magdalena,  
estrechando la mano de esta; Enrique al de Doña  
Luisa. Telon rápido.)

**FIN DEL DRAMA.**



*Examinada esta comedia, puede representarse.*

*Madrid 21 de Diciembre de 1864.*

El Censor de Teatros,

NARCISO SERRA.





# PUNTOS DE VENTA.

Madrid: Librería de Cuesta, calle de Carretas, núm. 9.

## PROVINCIAS.

Adra.....	Robles.	Lucena .....	Cabeza.
Albacete.....	Perez.	Lugo.....	Viuda de Pujol.
Alcoy .....	Martí.	Mahon .....	Vinent.
Algeciras.....	Almenara.	Málaga.....	Taboadela.
Alicante.....	Ibarra.	Idem.....	Moya.
Almería.....	Alvarez.	Mataró.....	Clavel.
Avila .....	Lopez.	Murcia .....	Hered.de Andrion
Badajoz.....	Ordoñez.	Orense.....	Robles.
Barcelona.....	Sucesor de Mayol.	Orihuela.....	Berruezo.
Idem.....	Cerdá.	Osuna.....	Montero.
Bejar.....	Coron.	Oviedo.....	Martinez.
Bilbao.....	Astuy.	Palencia.....	Gutierrez é hijos.
Burgos.....	Hervias.	Palma.....	Gelabert.
Cáceres.....	Valiente.	Pamplona.....	Barrena.
Cádiz.....	Verdugo Morillas y compañía.	Pontevedra.....	Verea y Vila.
Cartagena.....	Muñoz Garcia.	Pto. de Sta. Maria.	Valderrama.
Castellon.....	Perales.	Reus.....	Prius.
Ceuta.....	Molina.	Ronda.....	Gutierrez.
Ciudad-Re l.....	Arellano.	Salamanca.....	Huebra.
Ciudad-Rodrigo..	Tejada.	San Fernando...	Martinez.
Córdoba.....	Lozano.	Sanlúcar.....	Esper.
Coruña.....	Lago.	Sta. C. de Tenerife	Power.
Cuenca.....	Mariana.	Santander. ....	Hernandez.
Ecija.....	Giuli.	Santiago.....	Escribano.
Ferrol.....	Taxonera.	San Sebastian...	Garralda.
Figueras .....	Bosch.	Segorbe.....	Mengol.
Gerona.....	Dorca.	Segovia.....	Salcedo.
Gijon .....	Crespo y Cruz.	Sevilla.....	Alvarez y comp.
Granada.....	Zamora.	Soria.....	Rioja.
Guadalajara.....	Oñana.	Talavera.....	Castro.
Habana.....	Charlain y Fernz.	Tarragona .....	Font.
Haro.....	Quintana.	Teruel.....	Baquedano.
Huelva.....	Osorno.	Toledo.....	Hernandez.
Huesca.....	Guillen.	Toro.....	Tejedor.
l. de Puerto-Rico.	José Mestre.	Valencia.....	Mariana y Sanz.
Jaen.....	Idalgo.	Valladolid.....	H. de Rodriguez
Jerez.....	Alvarez.	Vigo.....	Fernandez Dios.
Leon.....	Viuda de Miñon.	Villan. <sup>a</sup> y Geltrú.	Creus.
Lérida .....	Sol.	Vitoria .....	Illana.
Logroño.....	Verdejo.	Ubeda.....	Bengoa.
Lorca.....	Gomez.	Zamora.....	Fuertes.
		Zaragoza.....	Lac.